

El Resucitado para los pequeños

en palabra e imágenes,
con los padres

Lipa



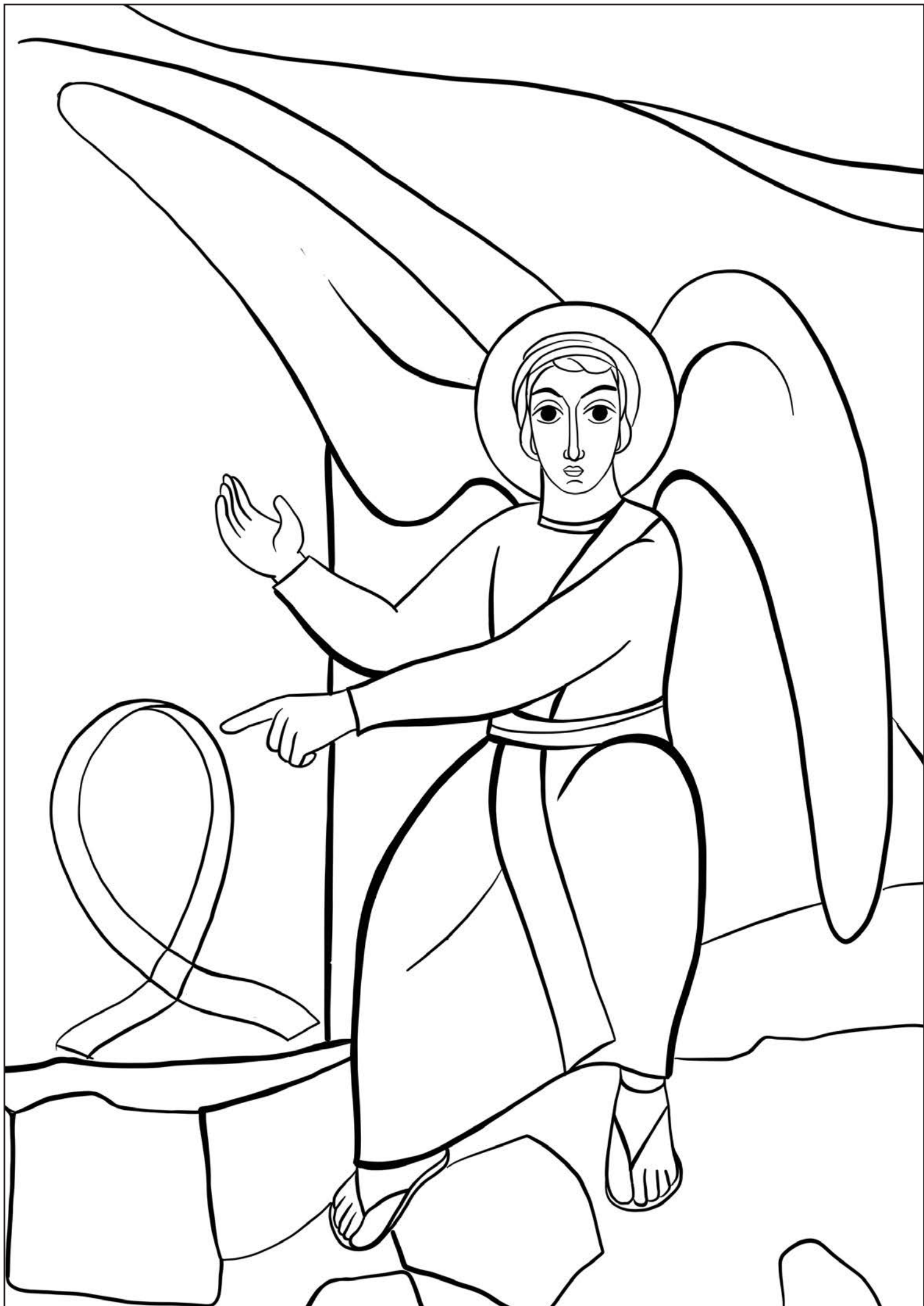
1. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?



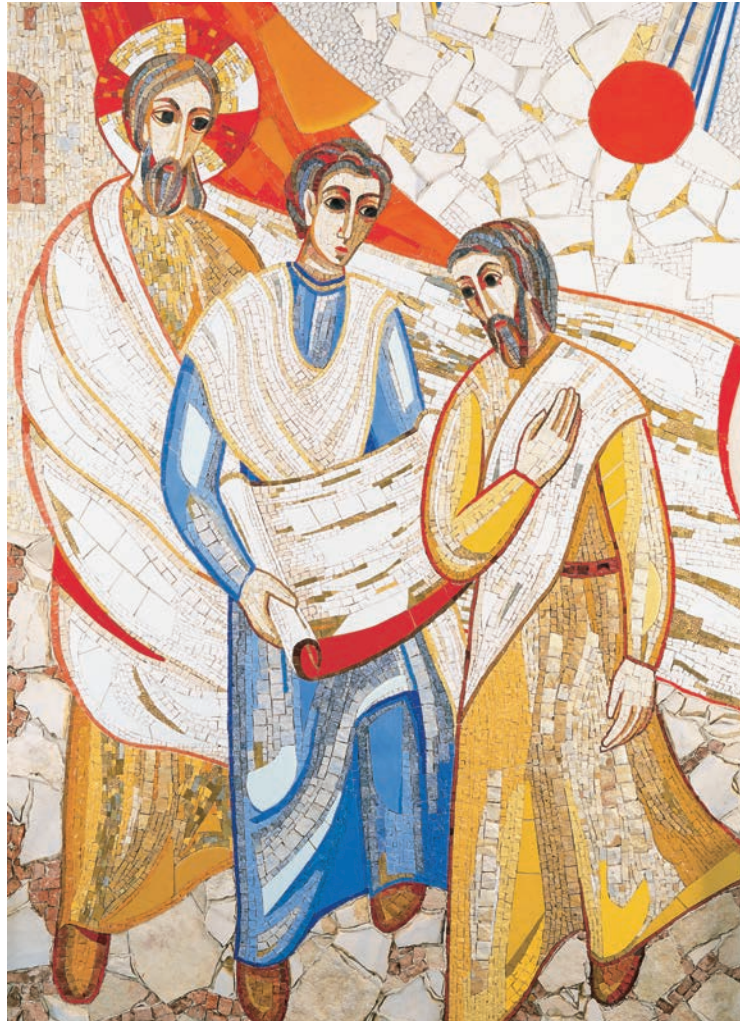
Mt 28, 1-6

Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: "No temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí; ¡ha resucitado!, como había dicho."

La muerte vino al mundo porque Adán rompió la amistad con Dios, que es la Vida. Pero Jesús, el Hijo del Padre ha entrado en la muerte por comunión con el Padre y con los hombres. Él se hizo mortal no como Adán- que murió porque se había separado de la vida- sino por amor, para entrar en los abismos y llegar hasta Adán que estaba muerto y a quien el Padre quería hacer salir de la tumba. Y como el Padre es la Vida y Él está en comunión con el Padre, el Padre lo resucita y lo lleva a su reino. Las mujeres van a la tumba, pero el ángel les dice: "No está aquí". Cristo ahora vive más allá de la muerte, en la luz, en la felicidad, en la plenitud del amor y de la vida. Y desde ahí, difunde incesantemente en nuestro mundo esta vida y esta luz a quienes lo acogen.



2. En camino



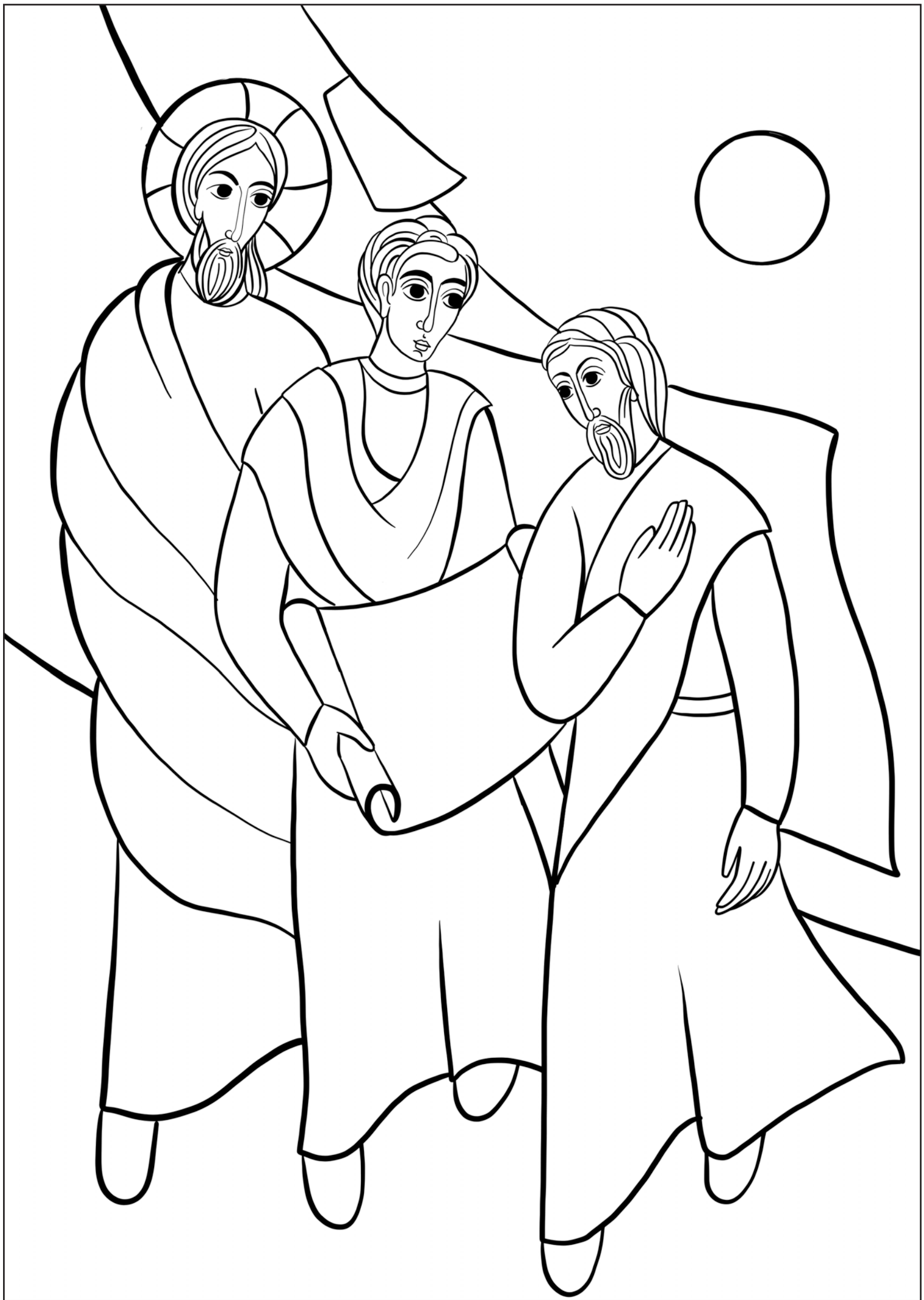
Lc 24, 13-17. 25-27

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron con aire entristecido... Entonces (Jesús) les dijo: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?”. Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras.

El mismo día, el primero de la semana, cuando las mujeres reciben el anuncio de los ángeles de que el Señor ha resucitado, dos discípulos dejan Jerusalén y se encaminan hacia una aldea cercana llamada Emaús. Están muy abatidos por lo que ha sucedido, discuten acaloradamente entre ellos sobre la muerte de Jesús en la cruz y la gravedad de los hechos que acaban de suceder. Así, caminando, no se dan cuenta de que Cristo mismo se ha acercado y camina junto a ellos.

Cuando Jesús les pregunta de qué están discutiendo, se vuelven hacia él asombrados: ¿cómo puede este forastero ignorar todo lo que acaba de suceder en Jerusalén? Ese caminante es Cristo en persona, muerto y resucitado, pero sus ojos no son capaces de reconocerlo.

El camino de los dos discípulos también es nuestro camino: nosotros creemos en Jesús, sabemos que él nos acompaña en nuestra vida, pero a veces nos gustaría que se hiciese ver un poco mejor. ¿Cómo podemos reconocer la presencia de Jesús resucitado entre nosotros? Por eso el evangelio narra esta historia. En diálogo con ellos, Jesús comienza a mostrar cómo las Escrituras hablan de Él y de lo que sucedió en Jerusalén. De hecho, Cristo resucitado es la llave que abre la puerta a toda la Escritura. Solo Cristo ilumina al hombre desde dentro, haciéndole descubrir el verdadero rostro de Dios: un Dios que se entrega totalmente a los hombres. ¡El hombre por sí mismo no puede entender que la verdadera omnipotencia de Dios era precisamente el Amor que se entrega! Solo Él puede abrir nuestra mente, iluminar los ojos de nuestro corazón, para hacernos ver todo lo que sucede en nuestra vida en la clave del Amor.



3. Se abrieron sus ojos y lo reconocieron



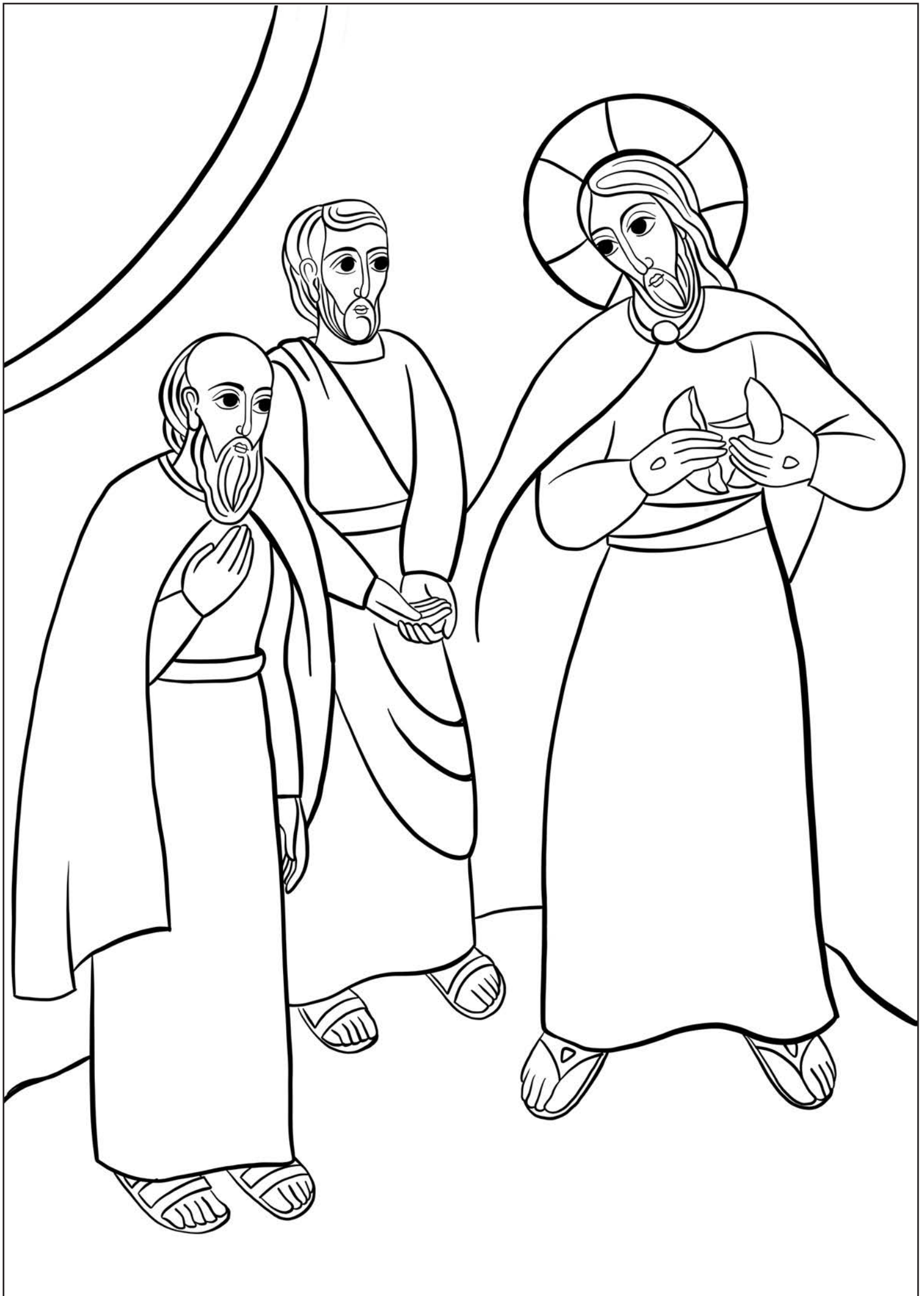
Lc 24, 28-33

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: "Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída". Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero Él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?". Y levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén.

Los dos discípulos comienzan a sentir sus corazones ardientes y felices, mientras escuchan al desconocido caminante, tanto que le piden que se quede con ellos. El Señor se detiene con aquellos que, como vemos en la imagen, le ofrecen pan y vino: Él parte el pan delante de sí, para que puedan ver claramente que este pan es Él mismo.

Entonces los discípulos recuerdan la Última Cena, donde el Señor había hecho el mismo gesto, diciendo: Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. ¡Los discípulos ofrecen pan y vino y reciben de Cristo a Él mismo!

Tan pronto como lo reconocen por el hecho de que Él se pone en sus manos, ya no lo ven. Pero se dan cuenta de que el Cuerpo de Cristo son ellos dos, es decir, la comunidad de los creyentes. El Señor Resucitado se aparece a los suyos para que entiendan, y nosotros con ellos, que Él continúa viviendo en nosotros: nosotros somos su cuerpo.



4. Con las puertas cerradas



Jn 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos.

Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros”. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.

Los discípulos, asustados por todo lo que había sucedido se encerraron en el mismo lugar donde celebraron la Última Cena con Jesús. Con las puertas del cenáculo cerradas, Cristo aparece en medio de ellos. Los saluda, dándoles paz, mostrando las heridas en sus manos y el costado y soplando sobre ellos el Espíritu Santo para el perdón de los pecados. Cuando recibimos el perdón de nuestros pecados, recibimos el Espíritu Santo, el Aliento de la vida de Dios. El pecado fue precisamente el cierre de su Aliento, de su Vida. Por eso estábamos muertos. Ahora comenzamos a vivir por su Aliento, su Respiro. Y, habiendo recibido esta vida, que nos permite abrirnos y amar, podemos perdonarnos los pecados los unos a los otros. En esta imagen, vemos que las cabezas de los apóstoles son los granos de una gran espiga. Cuando el Espíritu Santo desciende sobre el Pan eucarístico que somos nosotros, nos permite vivir como Él. Somos perdonados y podemos perdonar.



5. Jesús se aparece en el lago



Jn 21, 1.3-8

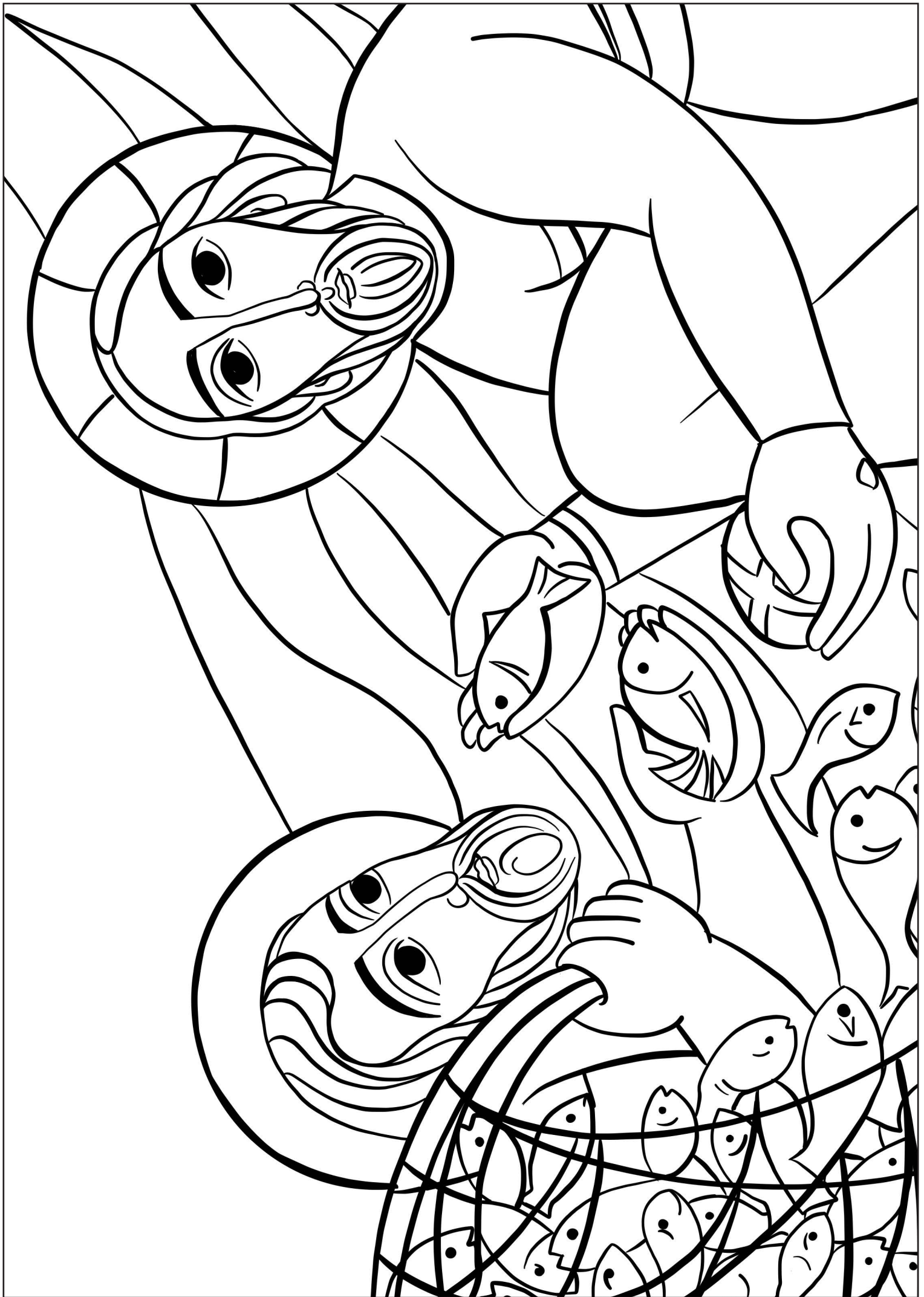
Después de esto Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Simón Pedro les dice: “Me voy a pescar”. Ellos contestan: “Vamos también nosotros contigo”. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: “Muchachos, ¿tenéis pescado?”. Ellos contestaron: “No”. Él les dice: “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”. La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces.

Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: “Es el Señor”. Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces.

Los discípulos habían seguido a Jesús, pero ahora todo se ha derrumbado. Entonces se van a casa y retoman su vida anterior, que sin embargo tiene el amargo sabor del fracaso. Durante la noche no pudieron pescar nada. Cristo aparece en la orilla y les pide que vuelvan a echar la red. Por su palabra lo hacen y la recogen llena de peces.

La orilla en la que Cristo los espera es la imagen de la vida donde Él ha ido más allá de la muerte, la imagen del reino, de la vida resucitada, de la vida eterna. ¿Y cómo es este reino, esta vida? También es nuestra tierra, nuestra vida, liberada toda del mal, toda vivida en la alegría, la paz, la luz, la comunión. En nuestra vida, en la vida del mundo, lo que es bueno, bello, feliz y verdadero se mezcla con el mal, lo feo, la infelicidad y la falsedad. Como en una pepita de oro, donde está el metal más puro, pero al mismo tiempo un montón de desperdicio, mucha escoria. En el reino solo hay el metal más puro, el oro más preciado, solo mucha felicidad y la vida plena.

Cristo resucitado acoge a los suyos ya en la vida nueva, preparando para ellos el pescado asado. Pedro llega con la red llena de peces. La red es imagen de la Iglesia, en la que se reúnen todos los que han dejado espacio para Cristo en su vida. En la Iglesia, los peces, que somos nosotros, se dejan llevar al reino, es decir, a la vida eterna.



6. Los peces sobre las brasas



Jn 21, 9-14

Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: “Traed de los peces que acabáis de coger”. Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: “Vamos, comed”. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

En la escena, Cristo ofrece a Pedro un pez rojo y Pedro le ofrece a Cristo un pez azul. En iconografía, el rojo es el color que representa a Dios, mientras que el azul representa a la humanidad. Este intercambio simboliza lo que expresamos con una palabra difícil: “salvación”: Cristo era el Hijo de Dios y se hizo hombre, le dimos nuestra humanidad; Desde entonces, nos ha dado la oportunidad de vivir como hombres al modo de Dios, como hijos del Padre, como Él vive. Desde la antigüedad, el pez ha sido elegido por los cristianos como símbolo que indica a Cristo. En griego, “pez” se escribe *ichthys*, una palabra compuesta de letras que son las iniciales de la frase: Jesús Cristo, hijo de Dios Salvador. El episodio representado en el mosaico, en el que Cristo espera a los discípulos en el reino, en la otra orilla, preparándoles pescado asado, significa que, para llegar a la plenitud de la vida del reino, debemos ya aquí alimentarnos de esta Vida que es Cristo mismo! Y, si esto realmente lo estamos ya viviendo, lo podemos verificar solo de una manera: si somos capaces de darnos a nosotros mismos como don, como Cristo, al igual que el Pez que se deja comer.



7. La mano de Tomás



Jn 20, 24-29

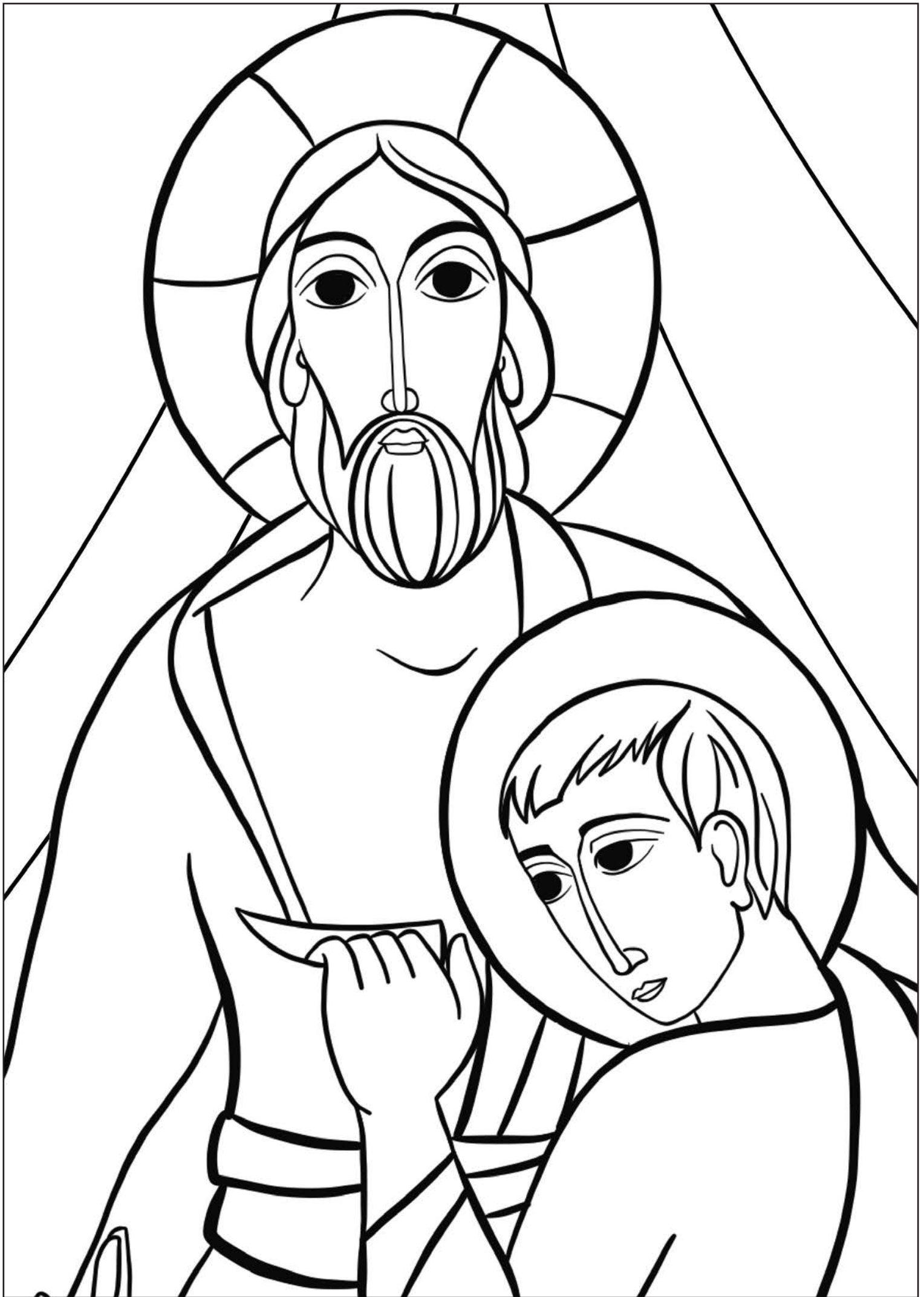
Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: "Hemos visto al Señor". Pero él les contestó: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo". A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: "Paz a vosotros". Luego dijo a Tomás: "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente". Contestó Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!". Jesús le dijo: "¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto."

Cristo se aparece a los discípulos reunidos dos veces. Pero la primera vez Tomás no está allí. Cuando se entera de la aparición de Jesús a los otros discípulos, se niega a creer que el Señor realmente ha resucitado y se ha hecho ver. Y dice que no creerá si no toca las heridas de las manos y el costado de Jesús. Pero cuando Cristo aparece por segunda vez, Tomás está presente.

Este Evangelio se lee en la liturgia el primer Domingo después de Pascua. Antiguamente, en la noche de Pascua, los cristianos eran bautizados y participaban por primera vez en la Eucaristía: nacían a esta Vida nueva que el Señor Resucitado nos da y la alimentaban.

Esta imagen nos muestra un aspecto fundamental de nuestra fe: que nuestra humanidad ha sido regenerada en el costado de Cristo abierto en la cruz, tal como Eva fue generada de la costilla tomada del costado de Adán. Los cristianos, al escuchar este Evangelio, contemplaban la herida de Cristo como el lugar donde han sido generados. Por eso Tomás está representado con su mano aún en el costado, haciendo ver así que el hombre nuevo ha salido de allí.





8. La Ascensión



Lc 24, 50-53

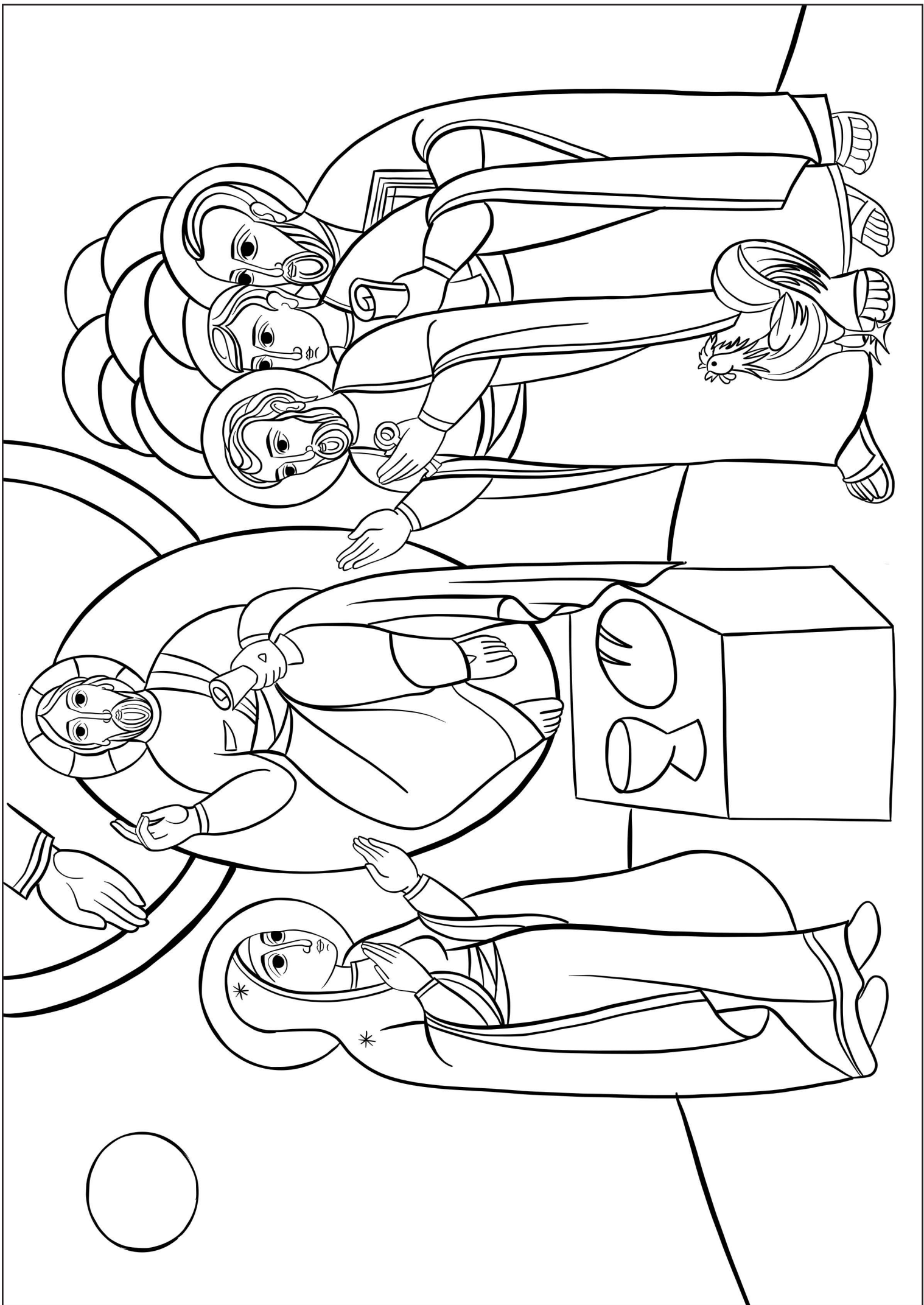
Entonces los sacó hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo. Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

El evangelio de Lucas ve toda la historia como dos grandes días. El primero comienza con la creación de Adán, que huye de Dios, y termina con la cruz y la Ascensión, es decir, cuando Jesús lleva a la humanidad de regreso al Padre. Todos nosotros también somos parte de esta historia.

Entonces comienza el segundo día. Después de que Jesús, el primogénito, ha regresado al Padre con nuestra humanidad, todos los hombres harán el mismo camino para regresar al Padre. Nuestra humanidad ya está en Dios, ha sido tomada por el Hijo y en Él, que está con el Padre, nosotros estamos también. Caminamos hacia donde, de algún modo, ya estamos. Él nos ha abierto el camino para que todos lleguemos a donde queremos ir: a casa, para vivir en el amor del Padre y en la comunión de los hermanos.

Los discípulos sienten una gran alegría. Esta alegría es muy extraña. ¿Se ha ido y están contentos? Sí, están contentos, porque Él ha realizado plenamente lo que todos queremos. Y, como lo amamos, estamos felices por Él y también por nosotros, porque ya estamos allí con Él. Nosotros lo amamos, nuestro corazón está ya allí. Tarde o temprano llegarán también los pies y el resto de nuestro cuerpo. Si la persona más amada ha alcanzado la felicidad plena y te ama y tú la amas, estás contento. Allí llegaré también yo, es solo cuestión de tiempo.

En la imagen vemos que mientras él sube al cielo, a sus pies está el altar con el pan y el vino - la Eucaristía- y la Madre de Dios, que es la imagen de la Iglesia. Esto nos dice que nuestra vida es un continuo paso, al igual que en la Eucaristía. De hecho, en la Eucaristía, el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo, y el vino en su Vida. Así nos sucede a nosotros: viviendo su vida, lentamente pasamos a la casa del Padre, donde Cristo vive eternamente con Él.



9. Pentecostés



Hch 2, 1-4

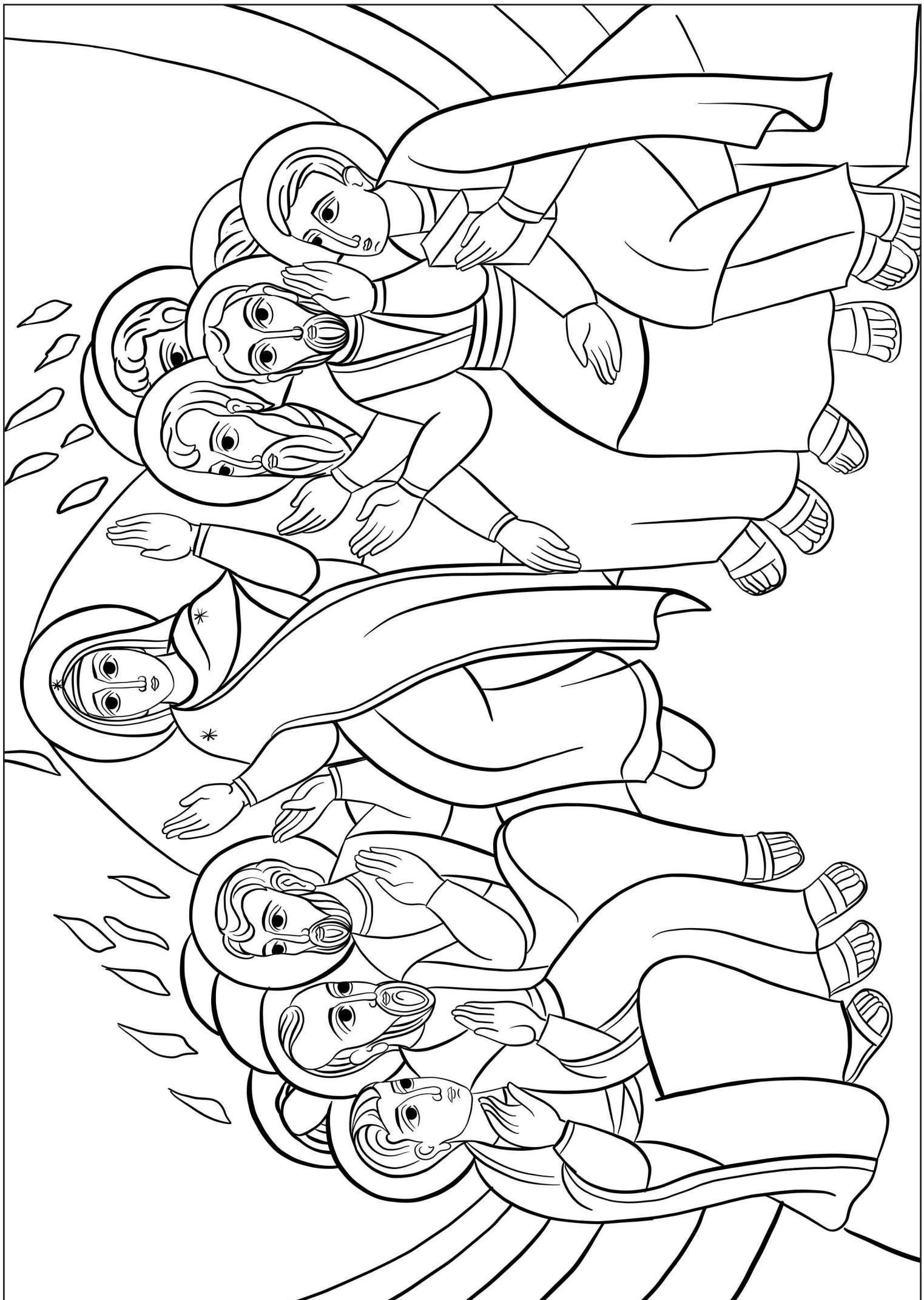
Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse.

Con la Ascensión, Cristo ha subido al Padre. ¿Cómo es que ya no se deja ver? Pentecostés inaugura una nueva forma de presencia del Señor.

Ya en la cruz, Cristo entregó su Espíritu a la humanidad. En la aparición a puerta cerrada en el Cenáculo, de nuevo el Resucitado entrega su Espíritu y ahora, en Pentecostés, es el Padre quien envía, sobre los apóstoles reunidos con la Madre del Señor, imagen de la Iglesia, su Espíritu Santo, es decir, la Vida misma de Dios. Esta vida tiene una cualidad especial: te hace vivir poniéndote en comunión, haciendo de modo que las personas realmente se amen.

Antes, cuando Cristo vivía en la tierra, estaba delante de nosotros, pero ahora ya no está delante de nosotros, está en nosotros. Antes tenía otro rostro, era el suyo. Ahora tendrá nuestro rostro, que refleja el suyo. Comienza un nuevo tiempo: lo que era Él ahora lo somos nosotros por el don del Espíritu.

Los apóstoles están todos en movimiento, cada uno mira en una dirección distinta, porque el Espíritu Santo es vida, dinamismo y garantiza que cada uno de nosotros sea hijo de Dios, en Cristo, de una manera totalmente personal: en una familia, cada niño es único, especial; así, ninguno de nosotros reza del mismo modo; cada uno se dirige al Padre celestial de una manera única, teniendo en sí mismo su Amor y su Vida.



10. La curación del lisiado



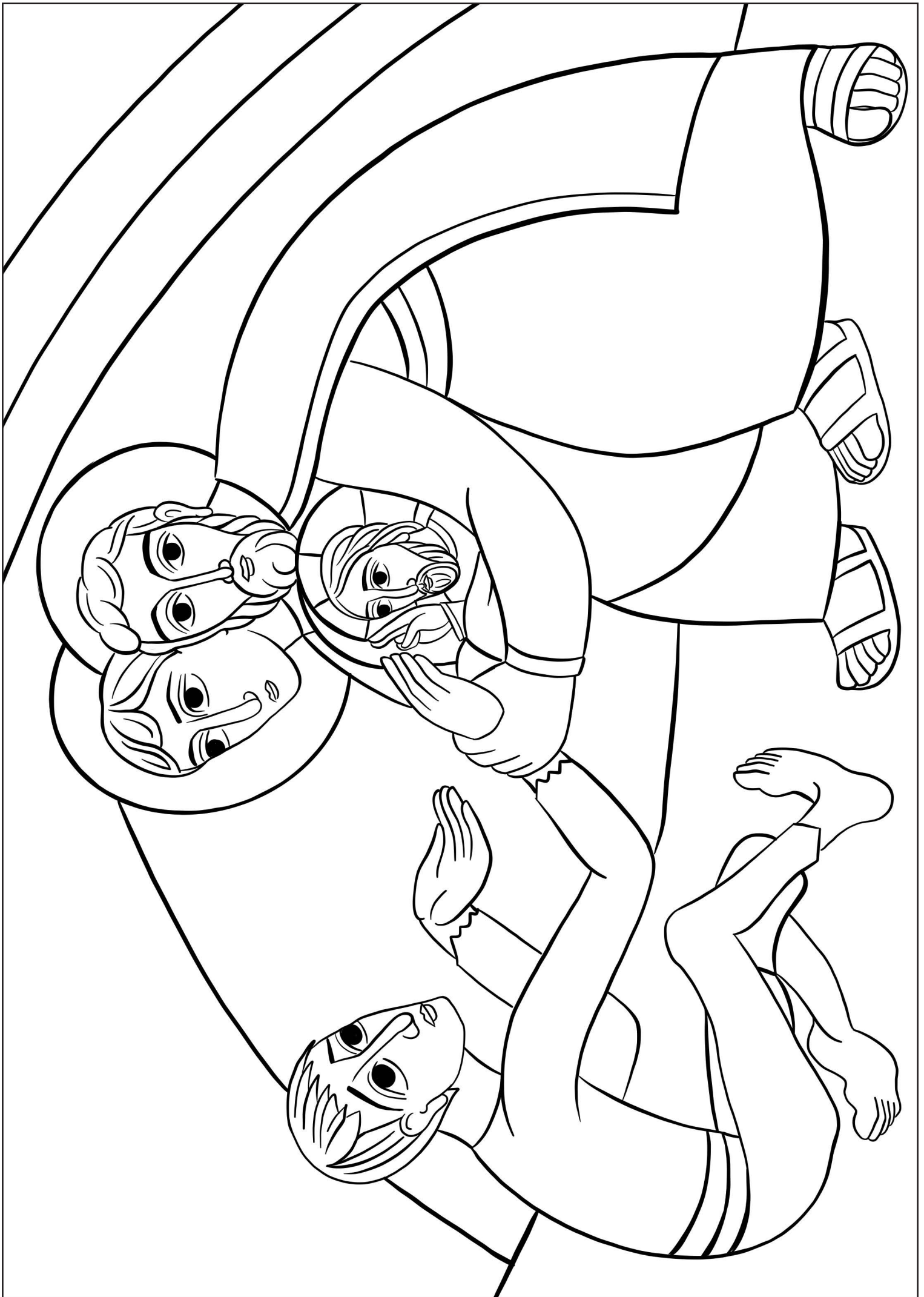
Hch 3, 1-8

Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora de nona, cuando vieron traer a cuestras a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada "Hermosa", para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo: "Míranos". Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo: "No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda". Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios.

En este episodio, el mendigo lisiado en la puerta del templo pide limosna a Juan y a Pedro. Pedro responde rápidamente que no tiene ni oro ni plata, pero lo que tiene se lo dará.

¿Pero qué tienen Pedro y Juan? Tienen a Jesucristo, que es el amor entre ellos, la amistad, que vemos aquí representada con el mismo Cristo que los une. Por esta razón, cuando Pedro pronuncia las palabras: "En el nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate y anda", el lisiado sana.

Esta imagen nos recuerda que donde dos o tres se reúnen en el nombre de Cristo, el Señor está realmente presente entre ellos. Así, cuando los suyos realmente viven su Amor, gracias a este Amor, Cristo mismo puede intervenir en el mundo y continuar haciendo sus obras.



11. El bautismo

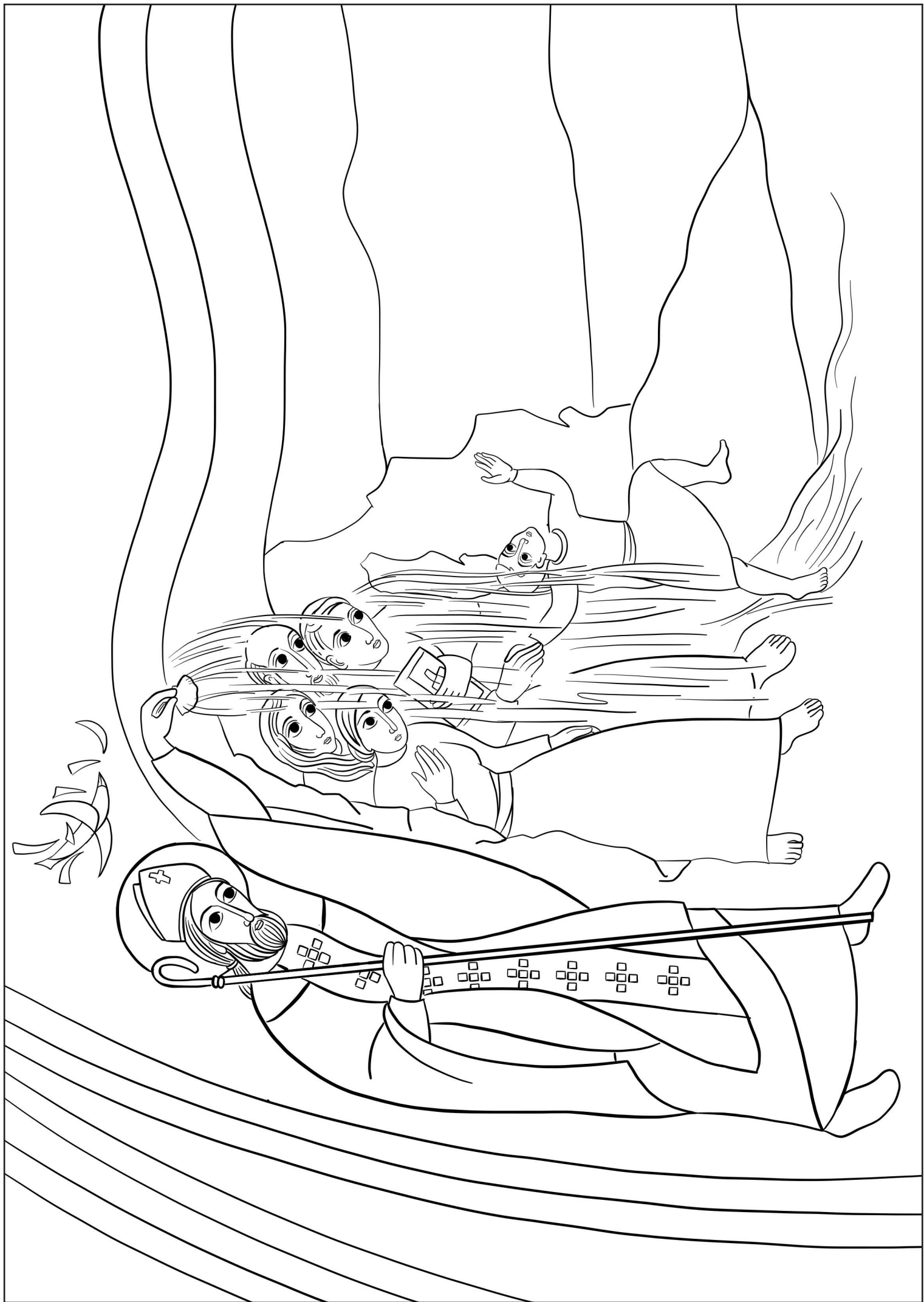


Rom 6, 8-11

Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Son ya casi dos mil años desde que Cristo fue crucificado y resucitó. ¿En qué modo nosotros hoy estamos involucrados en ese evento? ¿En qué modo se convierte la vida eterna del Señor resucitado en nuestra vida eterna y su victoria sobre la muerte también nos libera a nosotros de la muerte? ¿Cómo se convierte su resurrección en nuestra resurrección, su unión con el Padre, en nuestra unión, su vida se convierte en nuestra vida?

Con el bautismo, que hace presente y eficaz para nosotros la muerte y resurrección de Cristo. Mediante el bautismo, estamos unidos con su muerte, para participar en su resurrección. El bautismo hace de nosotros una sola planta con Cristo resucitado, es decir, nos injerta en Él, realizando el misterio de la comunión. La savia de Cristo resucitado, es decir, el Espíritu Santo que está sobre Él y vive en Él, pasa a nosotros y nos nutre con su vida, que es la vida de Dios, que es plenitud y comunión. No nos convertimos primero en hijos de Dios y luego en hijos de la Iglesia. El Espíritu Santo nos da la vida del Señor resucitado al ponernos en comunión con su cuerpo, viviendo como hermanos y hermanas.





12. El Pan eucarístico alimenta nuestra comunión



Mt 26, 26

Mientras comían, Jesús tomó pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió, lo dio a los discípulos y les dijo: "Tomad, comed: esto es mi cuerpo".

1Co 12, 27

Ahora vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro.

En el Nuevo Testamento encontramos escrito que el Cuerpo de Cristo es el Pan Eucarístico, pero también que el Cuerpo Eucarístico es la Iglesia. Es el pan que Jesús distribuye a los discípulos en la víspera de su muerte, diciendo que es su cuerpo roto por la remisión de los pecados. Solo comiendo este Pan se puede entender que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Al comulgar con el Pan y el Vino, con el Cuerpo y la Sangre del Señor, los fieles de Jesús se convierten en el Cuerpo de Cristo, se convierten en la Iglesia. San Ireneo explica esta misteriosa verdad con una imagen: el agua une la harina para convertirla en un solo pan.

Del mismo modo, el Espíritu Santo reúne a los creyentes para convertirlos en un solo Cuerpo.

La celebración litúrgica es el taller de la Iglesia, donde Dios moldea la asamblea de sus hijos sirviéndose de sus manos, la Palabra y el Espíritu, para hacer un solo Pan, el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Por lo tanto, la Iglesia es esta asamblea de creyentes que se alimenta de la Palabra de Dios y del Pan de la comunión, que el día de Pentecostés el Espíritu visita y vivifica para convertirla en un solo Cuerpo, del cual Cristo es la Cabeza y los creyentes son los miembros.



Para la oración:



*Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.*

*Bendito es el Misericordioso que vio la espada
en frente al paraíso que bloqueaba el camino
al Árbol de la Vida; Él vino y tomó para sí
un cuerpo que fue herido, de modo que con la apertura de
su costado
Él pudo abrir el camino al paraíso. (Efrem el Sirio)*

*Bendito el Pastor que se ha convertido
en el Cordero para nuestro perdón;
bendito el fruto de la vid, que se ha convertido
en Cáliz para nuestra salvación.
Bendito es también el Sembrador, que se ha convertido
en el Grano sembrado y en la Gavilla segada. (Efrem el Sirio)*

*Fuego y Espíritu están en el vientre de la que te ha llevado,
Fuego y Espíritu están en el río en el que has sido bautizado,
Fuego y Espíritu están en nuestro bautismo
Y en el Pan y en el Cáliz están Fuego y Espíritu Santo.
(Efrem el Sirio)*

*Rey celeste, consolador,
Espíritu de verdad,
Tu que estás presente en todas partes
y llenas cada cosa.
Tesoro de bienes y dador de vida,
ven y permanece con nosotros,
purifícanos de toda mancha,
y salva nuestras almas, tú que eres bueno.*



Lipa



*Este libro para colorear es ofrecido por el Centro Aletti como un regalo para las familias y especialmente los niños que no pueden salir de su hogar debido a la pandemia de coronavirus.
Se proporciona solo para uso personal y nunca se puede utilizar con fines comerciales.*